

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORÁL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo, Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

DOMINICA XXII DESPUES DE PENTECOSTÉS

Magister, seimus quia vera es, et viam Dei in veritate doces?

Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios en verdad.

Evangelio segun San Mateo. c. XXII, v. 46.

Como Jesús adquiria fama y celebridad extraordinarias á causa de la maravillosa doctrina que predicaba y de los milagros que hacia, dando vista á los ciegos y salud á todo género de enfermos; como su nombre, su fama y prestigio atraia las miradas y arrastraba las muchedumbres, testigos de sus milagros y admiradores de su doctrina, los fariseos envidiosos, vanos de condicion, enemigos personales de Jesús fueron y reunidos en concilio deliberaron entre si cómo le sorprenderian en lo que hablase. Al efecto envian una comision de fariseos y Herodianos con el fin de proponerle una cuestion dificil de resolver, precedida de palabras cap-

ciosas, hijas de enconada envidia y de refinada hipocresia. Maestro, le dicen, sabemos que eres veraz, y que enseñas la verdad en los caminos de Dios; y á nadie te inclinas por afecciones. Qué te parece, ¿es lícito ó no pagar tributo al César? Mas Jesús, conociendo la malignidad de ellos, les dijo: ¿Porqué me tentais, hipócritas? Mostradme una moneda de las corrientes. *Ostendite mihi numisma censús.* Y ellos le presentaron un denario. *At illi obtulerunt ei denarium.* Tomando Jesús la moneda, díceles con acento de superioridad, como quien habla potestativamente: ¿De quién es este busto, y cuya es la inscripcion de esta moneda? Le contestaron que era del César. Dad, pues, al César les replicó lo que es del César; y á Dios lo que es de Dios. Y cuando esto oyeron se maravillaron, y dejándole, se retiraron.

Tal es el pasaje evangélico que vamos á comentar. Los enemigos de Jesús le llaman *el Maestro*, elogian su veracidad, y reconocen su imparcialidad. El juicio es recto, es me-

recido el elogio aunque proceda de maligna intención. La exposición del texto evangélico pondrá de relieve la justicia con que los fariseos habían llamado Maestro á Jesús, y la necesidad apremiante de que el mundo se someta á su divino Magisterio para aprender la verdad en los caminos de Dios.

¿Porqué braman las gentes y los pueblos seducidos meditan vanamente planes iníquos contra la verdad y los maestros de la verdad? ¿Porqué se conciertan los reyes de la tierra y los poderosos del mundo contra el Señor y contra su Cristo? ¿Porqué se celebran conciliabulos y se forman sociedades secretas y se unen fariseos y herodianos, como si dejeramos, los mansos y los bravos, todas las falanges del error, todas las malas escuelas, creadas, por la soberbia racionalista y sostenidas por la civilización moderna? El Evangelio responderá satisfactoriamente á nuestras preguntas. Espada de dos filos, la palabra evangélica penetra hasta la división del alma y del espíritu y discierne las intenciones y pensamientos del corazón.

Et abeuntes pharisei consilium inierunt ut caperent eum in sermone. Se conciertan fariseos y herodianas sorprender al justo, para humillar á la Iglesia, para fijar lazos y para tender redes á la Maestra del mundo, para cercenar sus derechos y despojarla de sus bienes, para herir á sus ministros y difamar sus instituciones, para impugnar el dogma católico y vituperar la moral cristiana, para arrancar el árbol de la Cruz y no dejar ni memoria del nombre de Cristo en la tierra de los

vivientes *Deleamus eum de terra viventium.* Tales son los planes concertados por fariseos y herodianos, divididos entre sí, pero unidos para llevar á cabo pensamientos iníquos, hijos de pasión maligna. Y acometen su diabólica empresa, ora fingiendo respetos, ora enviando palabras de audaz vituperio, unas veces doblando la rodilla y saludando á la víctima *con el ósculo y el ave*, otras rasgando vestiduras, respirando sangre y amenazas de esterminio, *Spirans minarum et cædis*; pero siempre concordes los mansos y los bravos en el propósito de espiar al justo para perderle. Hoy adoptan los fariseos el partido de la lisonja para inspirar confianza al interrogado. Y acercándose á Jesús le decían: Maestro, sabemos que eres veraz, que enseñas los caminos de Dios, y que no eres aceptador de personas. Dicen la verdad, hablan justicia los enemigos de Jesús. Es el Maestro. Jesús enseña la verdad y Él es la misma verdad. *Ego sum veritas.* Y toda enseñanza que no se conforme con esa verdad, es error, mentira y corrupción, generadora de la muerte. La verdad que ilumina los entendimientos y la gracia que trasfigura los corazones, proceden de Jesucristo, único Maestro del mundo y Redentor único de la humanidad. *Gratia et veritas per Jesum Christum facta est.* Diez y nueve siglos han trascurrido desde que Jesucristo dijo estas palabras que nadie se atrevió á pronunciar antes, y que nadie ha pronunciado después. Yo soy la verdad. Yo soy la luz del mundo. El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vi-

da. No os llameis maestros, porque uno solo es vuestro Maestro.

Pero ¿á qué traer de fuera lo que hallamos en el presente Evangelio? Oigamos la respuesta de Jesús y ella bastará para demostrar que él es el Maestro por excelencia, el único Maestro y que los sábios del mundo no pueden serlo sino á condición de ser sus discípulos. ¿Qué te parece? preguntan los comisionados, ¿Es lícito pagar tributo al César? Conociendo Jesús la malicia con que era interrogado les dice: ¿Por qué me tentais hipócritas? Sábio Maestro para quien son libro abierto las conciencias y los corazones. ¿Quién había dicho á Jesús que preguntaban con ánimo de perderle? ¿Quién le reveló los planes de sus enemigos? Le llaman Maestro con refinada hipocresía, y bien demuestra que lo es penetrando sus intenciones. ¿Quién sino Dios registra los senos más recónditos del corazón humano? ¿Quién sabe el arte de ocultar á la simple mirada de Dios sus deseos, sus intenciones aun el más leve pensamiento? ¿No lo ve todo claro, desnudo, abierto y despejado? *Scrutans corda et renes Deus.* Cor. oye Jesús la malicia de los comisionados, sabe que la pregunta era capciosa, que intentaban ponerle en la alternativa de faltar al César ó faltar á Dios. Porque los pérfidos comitentes y los astutos comisionados decían entre sí: Es inevitable; si responde que no es lícito pagar el tributo, le declaramos reo de lesa magestad; si responde afirmativamente, será declarado reo de lesa pátria. O rebelde al César é enemigo de la pátria. ¡Insensatos! ¿Qué son ni qué valen las artes del

mundo contra los consejos de Dios? ¿No han leído que en vano se fijan lazos y se tienden redes ante la vista de los alados? ¿Por qué me tentais, hipócritas? Manifestadme, les dice, una moneda del tributo. Y le presentaron un denario. Dijoles Jesús: ¿De quién es este busto y la inscripción de esta moneda? Le contestaron que era el César. Dad pues, al César, les replicó, lo que se debe al César; y á Dios lo que se debe á Dios. *Reddite ergo quæ sunt Cæsaris, Cæsari; et quæ sunt Dei, Deo.*

¡Admirable sabiduría la de Jesús! Al mismo tiempo que confunde á sus enemigos, esclarece una cuestión delicada, resuelve un problema que había de agitarse con diversa suerte en lo venidero, envolviendo los destinos del mundo. En ambos casos muéstrase Jesús Maestro de las almas y doctor de las naciones.

Existe un doble orden de cosas y una doble potestad sobre la tierra: la una de origen natural que tiene la misión de atender á los negocios seculares y de procurar los fines del consorcio humano: la otra de origen sobrenatural que ha sido divinamente instituida para comunicar á los hombres los frutos de la Redención y encaminarlos al cielo, pátria de las almas, *lugar de los espíritus*, donde hallaremos la gloriosa realidad de nuestro inmortal destino. Los oficios de estas dos potestades han sido deslindados con toda precisión y ordenados con toda sabiduría por el Maestro Divino de las almas y de las sociedades. El ideal perfecto de las relaciones entre Dios y el César, entre la Iglesia y el Estado está contenido en las palabras de Jesucristo:

Al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios. Distinción, pero no confusión, unión, pero no separación. Jesucristo establece, no la división entre las potestades temporal y espiritual, no la guerra entre la Iglesia y el Estado, no la independencia y ménos la superioridad del César sobre Dios, no la prepotencia del Estado sobre la Iglesia, sino que las ha señalado como de origen distinto, de distinta naturaleza y ordenadas á distintos fines; ha dado á cada una su justo lugar, y deslindado y armonizado las respectivas atribuciones de ambas potestades que unidas y de comun acuerdo deben promover la dicha del hombre como ciudadano de la tierra y como heredero del cielo.

El César sometido á Dios, por quien reinan los Reyes, el Estado sumiso á la Iglesia, unido á ella como el cuerpo al alma, dando á la Iglesia lo que le corresponde y recibiendo de ella lo que ha menester para su propia vida, y la Iglesia dando al César lo que es suyo y al Estado lo que necesita para logro de sus fines, hé aquí deslindados los oficios de ambos poderes y resuelta la cuestión ruidosa de orden, de justicia, de política y de Religión. La Iglesia no ha menester del César para vivir porque es inmortal, pero el César, el Estado, la sociedad no pueden vivir sin Dios, no pueden moverse sin la Religión, no pueden hacer la dicha social sin la Iglesia. El Estado que niega á la Iglesia lo que es suyo, no puede esperar que los pueblos den al César lo que en justicia le corresponde. Los golpes dirigidos contra la Tiara se vuelven contra las coro-

nas. Los Príncipes y los Reyes no dan á la Iglesia más que disgustos y persecuciones; los pueblos se encargan de castigar á los Reyes, envolviéndolos entre el oleaje de las revoluciones, haciendo pedazos los cetros y hollando con furor las coronas.

Y vosotros practicad con exactitud los deberes que os impone vuestra doble condición de hombres ciudadanos y de hombres cristianos. Cumplid, no por temor, sino por conciencia las leyes civiles y dad á Dios lo que es de Dios, esto es; vuestra inteligencia, vuestros pensamientos vuestras palabras y vuestras obras. Oid á Jesucristo, que es vuestro único Maestro, aprended sus divinas enseñanzas, cumplid sus mandatos, imitad sus virtudes, y seréis dichosos en el tiempo y bienaventurados por toda la eternidad.

El Sueño de una Teresiana.

Tengo la costumbre antes de acostarme de doblar la rodilla ante la imagen de mi protectora para pedirle que vele mi sueño; hoy al hacerlo se han cerrado mis párpados y he quedado dormida. ¡Oh, Dios, que nunca hubiese despertado! Me he visto en medio de un jardín amenísimo cuajado de flores á cual más bellas, dejando con su grato aroma un perfume que adormecía el alma con santo amor; agrupadas en todas direcciones se veían hermosas doncellas vestidas de blanco adornando canastillas con aquellas preciosas flores. Los pajarillos reunidos en armonioso concierto daban al aire sus melodiosos trinos. ¿Qué sucede, me preguntaba yo estasiada delante de tan-

ta belleza? y á pesar de la timidez de mi corazon me acerqué á una doncellita que estaba reclinada en un rosal y la pregunté: ¿Qué fiesta es esta que ven mis ojos y no comprende mi alma? ¡Oh inocente niña! me contestó. ¿No comprendes que todo lo que aquí pasa es cosa del cielo? todas vamos á felicitar á Teresa; hoy son sus días y va á venir acompañada de su santo esposo á recibir nuestra cariñosa felicitacion. ¿Peró quién sois vosotras para que tanto os amen Jesús y su casta Esposa.

—¿Quieres saberlo? pues bien, somos todas sus hijas teresianas que en este día, al hacer el cuarto de oracion, les vemos con los ojos del alma.

Apenas acabó sus palabras se iluminó el jardín con una luz misteriosa; armonías celestiales se dejaron oír, y apareció ante mis ojos el buen Jesús mostrando su corazon, en donde reclinada se veía á la Gran Santa, á la Virgen apasionada Teresa de Jesús. Levantó su frente de donde amorosamente descansaba, y acercándose hácia mí, me besó con dulzura y me dijo:

—Acepto tu felicitacion, hija mia, pues estoy contenta porque das á mi Esposo el cuarto de oracion que yo te pido; no lo olvides nunca y él te premiará con un amor más grande que todos los años. Te encargo mucho celo, mi buena hija, para que podamos dar almas á nuestro Esposo pero que este celo sea siempre tierno y suave como es el corazon del que pide amor por amor; deja que se deslice en tus lábios la santa sonrisa, cuando acariciar quieras á una alma inocente para conservarla

para el cielo; deja entrever tambien tu sonrisa cariñosa y la dulzura de tus palabras cuando persuadir debieras á alguna persona que sea tu superior; muéstrate sonriente con tus iguales para que vean la alegría pura de que disfrutas y te imiten, imitándome á mí en el amor á Jesús. Persuade siempre con la tranquila suavidad. La fuente de agua viva que estás contemplando solo admite dulzura para aquel que quiera beber en ella.

Yo al escuchar aquella voz tan armoniosa y al sentir su casto beso, tendí mis brazos suplicándole que me llevara al cielo con ella y me dejara gozar para siempre de la dicha inefable que sentia.

No puede ser, hija mia, me contestó, aun debes luchar con el mundo y regalar al Santo Esposo corazones que sepan amarle. El premio, hija de Teresa, será para tí el mismo que yo recibo, y reclinándose otra vez en los brazos de su casto Esposo, sonrieronme los dos, quedando yo desvanecida al desvanecerse la vision.

Abrió mis ojos; el día clareaba, y al felicitar á mi Santa Madre solo pude hacerlo con estas palabras:

«¡Oh Santa, Santa mia, dadme un corazon ardiente para saber amar á aquel corazon que vos tanto amasteis!»

—T.

ÉRASE QUE SE ERA...

El pueblo, que en todas partes es más poeta que los mismos poetas, reviste siempre las cosas y los hechos de caracteres fantásticos, y da aspectos encantados á las unas, y

á los otros el tinte risueño de la leyenda.

Paseándose por los corredores de nuestro convento de San Francisco, que han visto pasar los siglos como nosotros los días, el hombre sencillo trae á su imaginación el recuerdo de esos años, personificando á cada uno de ellos en un hecho culminante, y de ordinario maravilloso, que ha oído á sus abuelos, ó que, cuando niño, le refería la amiga anciana, dentro de la pajiza alcoba, al amor de la lumbre y al compás del sordo ruido de la lluvia y de los agudos silvos del vendabal.

Todo lo cree en su inocencia, y todo lo recuerda y lo revé cuando pisa los sitios que fueron teatro de esos hechos y que han consagrado el curso de los tiempos y la innata veneración al silencio y á la virtud.

—Aquí, nos dicen, en donde están ese agujero y esa pila, fué donde se reclinó el «Siervo de Dios Fray Pedro Bardesi, y pasó toda una noche en vela por haberle sorprendido andando el toque de silencio de las nueve de la noche.

—Acá, continúan, debajo de aquella ventana, que da á la calle de San Francisco, pasaba una noche un caballero que iba con malos deseos é intenciones, y, al sentir que en la celda á que aquella correspondía estaba un padre disciplinándose, «¿es posible, se dijo, que yo vaya á cometer un pecado cuando estos santos varones están castigando su cuerpo inocente?»

Volvió sobre sus pasos el transeunte; pasó muchas horas en la puerta del convento, y, así que abrió, solicitó hablar con el guardián.

Un rato después era uno de los legos de la Comunidad.

Una noche, el hermano encargado de cerrar las puertas de la iglesia, no hizo con toda escrupulosidad el registro, y en una de las *tablillas* de un confesonario quedó durmiendo, como en su cama, un devoto tal vez más necesitado de sueño que de confesión.

Sucedió, pues, como en todo cuento, que, á eso de las once, despertó, se restregó los ojos y empezó á hacer su composición de lugar para saber cuál era el en que se hallaba.

Al fin, y merced á los reflejos en las molduras doradas de la lámpara que arde de continuo ante el Santuario, vino á caer en la cuenta de que estaba en la iglesia de San Francisco y de que no tenía más remedio que esperar la mañana para poder salir.

No debió nuestro hombre de quedar muy descontento de la cama que se le ofrecía, ni sería tampoco muy miedoso, porque, con mucho despaicio, abrió la puerta del confesonario y se arrellenó en el cogin con todo el reposado talante de un padre provincial.

Estaba ya en estado de que se confundían á sus ojos un hilo blanco y un hilo negro, como dicen los orientales, cuando sintió que los serenos de la Alameda cantaban las doce de la noche, y oír estos gritos y abrirse con estrépito la puerta de la sacristía, todo fué uno.

Asomóse nuestro hombre, y vió que un padre, vestido de hábito franciscano, colocó en el altar mayor dos velas y un misal y tornó á la sa-

crística, de donde salió, pocos momentos despues, revestido convenientemente para decir misa. Colocó en su lugar el caliz, abrió en el suyo el misal, y bajó hasta las gradas para recitar el *Introito ad altare Dei*. Pero, apenas vió el padrecito que á su derecha no habia nadie que ayudara á misa, cerró el libro con semblante triste, apagó las velas y se perdió en la oscuridad.

¡Cálculen los lectores cómo quedaría el devoto dormilon! Mas, el sueño, que rinde aun las más fuertes naturalezas, lo rindió, y solo despertó al sentir los golpes que con un manajo de llaves le daba el hermano, que, á las cinco de la madrugada, llegaba á abrir las puertas de la iglesia.

No hay que decir que nuestro hombre se hizo lenguas contando el extraño caso que le habia acontecido, y tanto corrió éste de boca en oreja, que llegó hasta las del padre guardian, quien llamó al espectador de tan rara escena, y despues de oírle, resolvió averiguar la verdad del hecho, para lo cual ordenó que dos legos se quedaran esa noche en el interior de la iglesia.

Expresar lo que ambos vieron, fuera repetir punto por punto lo que vió el primero, con lo cual se alarmó toda la comunidad, y los padres graves resolvieron que el de entre ellos que fuera bastante osado ayudara á misa al misterioso celebrante. No se halló ninguno de los de corona que á tanto se atreviera, y un donado fué el único que se comprometió á ser uno de los actores de la nocturna ceremonia.

Fuese, pues, á la sacristía algo

antes de la media noche, y, á poco sintió el restregar de una pajueta, y, á su azulejaluz, vió que un padre alto amarillo y flaco, encendía unavela.

No fué menester más para nuestro donado, quien, como perito en el arte, tomó otros dos cirios y un misal y los llevó al altar mayor, de donde se volvió á ayudar á vestirse al aparecido, que con voz cavernosa murmuraba algunas de las preces del Ritual. Minutos despues, iban enfilados hácia el presbiterio el ayudante y el sacerdote, y empezó á celebrarse la misa como otra cualquiera.

Notó, sí, el donado que cuando tomaba el padre el vino, caía éste gota á gota como en el fondo de un cántaro vacío, y que, cuando se volvía al pueblo para decir *Dominus bobiscum* ú *Orate fratres*, se sentía un ruido semejante al que producen los huesos descarnados cuando chocan unos con otros.

La misa concluyó sin mayor novedad, y oficiante y ayudante tornaron á la sacristía.

Desnudóse el padre, y acercándose al que habia servido en la misa, le dijo:

—Dios se lo pague, hermano! Yo soy el padre Tal, que morí sin haber dicho una misa que me tenían pagada, y estaba condenado á venir á este altar para decirla, y á no salir del Purgatorio mientras no encontrara quien quisiese ayudar á ella. Más de cien años he pasado en este trajín, hasta que V. ha venido á ser mi ángel de salvacion, Dios se lo ha de pagar, amigo mío.

Dicho esto, desapareció como el humo.

Y es fama qué, consultados los libros del convento, resultaron ser efectivos el nombre y fecha indicados por el religioso.

Había en los comienzos de este siglo, un padre anciano y enfermo que, á causa de sus mismos achaques, padecía de terribles insomnios, y pasaba las más de las noches en vela, paseándose por los corredores del primer claústro del convento.

En una de tantas, tropezó con un padre de su mismo hábito á quien no pudo ver el rostro, y á quien había dado la extraña manía de andar rezando el Breviario en toda la oscuridad.

Como este encuentro se repetiera varias veces trató nuestro desvelo de salir de la oscuridad, é interpeló al que leía sin luz; pero notó que era mudo, y que esquivaba el cuerpo con extraordinaria diligencia.

No fué menor la que pasó á la siguiente mañana nuestro anciano enfermo para enterar del hecho á los demás padres de la casa, quienes aconsejaron al guardian que hablara con el desconocido que rezaba el Oficio de tan raro modo.

Hízolo así el prelado, y cuéntase que, despues de esta conferencia (que quedó para todos en el misterio,) no volvió á verse más la vision, y que el guardian renunció á su cargo y llevó una vida tan retirada y silenciosa, que casi nunca hablaba palabra con sus compañeros.

Un tercer cuento y concluyo.

El R. P. Fr. Manuel Araya, que falleció hace pocos años, rezaba, allá por los 25 ó 30, y siendo aun muy

jóven, el Via Crucis, que era de regla todos los viérnes en la noche.

Una vez que estaba ocupado en ese piadoso ejercicio, sintió el ruido de fuertes pisadas y el sonar de espada y espuelas, lo que le dió á entender que entraba al templo algun oficial.

En efecto, así que concluyó el Via Crucis, uno se acercó al P. Araya y le rogó que le oyera en confesion, á lo que aquel accedió gustoso.

Contóle en ella el militar cómo su vida había sido borrascosa y relajada, pero que, en adelante, iba á enmendarla, gracias á un suceso terrible que en la noche anterior le había ocurrido.

Dirigiase, con una luna hermosísima, por la calle del Rey (ó del Estado) á su cuartel, que estaba en donde ahora la iglesia de San Diego, cuando, al atravesar la Alameda, divisó á una dama vestida de negro y con manto, á través del cual se adivinaban las formas más esbeltas, con quien se conformaba un garbo extremado en el andar.

Siguióla él y apuró el paso ella, hasta *enfrentar* la calle Nueva de San Diego, hácia la cual torció la enlutada. Tomó la recta el galan, y, en la esquina, quedó cara á cara de la hermosa. Echó ésta entonces atrás el manto, cayéronse los vestidos, y, en lugar del lindo y airoso cuerpo, quedó un desnudo y amarillo esqueleto.

Espantado, retrocedió el oficial, y con gran temblor y sudor, llegó á las puertas del cuartel.

Tal fué el motivo de su conversion.

En ese mismo año pereció en uno de los combates de la campaña del Sur. (De *El Bien Público* de Montevideo.)

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.